

Mis ojos están sobre todos sus caminos

“Los traeré de nuevo a su tierra, que les di a sus padres. Enviaré a muchos pescadores, dice el SEÑOR... Y después enviaré a muchos cazadores, y ellos los cazarán por todo monte y por toda colina. ... Porque mis ojos están sobre todos sus caminos.”
— Jeremías 16:15-17

entre su pueblo era porque sus ojos estaban “sobre todas sus formas”.

ESTE AÑO marca el 75.º aniversario del restablecimiento de Israel como nación en 1948. En nuestro pasaje inicial de la Escritura profética, el Señor explica que enviaría “pescadores” para atraer y luego “cazadores” para obligar al pueblo de Israel a regresar a la tierra dada “a sus padres”. También explica que el enviar a los pescadores y cazadores sus ojos estaban “sobre todas

La implicancia de esta profecía es que Dios permitiría que su pueblo tuviera muchas experiencias durante el fin de la presente Era del Evangelio, incluidos muchos problemas. Este problema no sería una prueba de su desaprobación, sino más bien como evidencia de su favor en la configuración de sus circunstancias de tal manera que giren sus rostros hacia la tierra de la promesa. Así, la historia nos muestra que esa “caza” se logró mediante las

persecuciones de la Alemania nazi, mediante las cuales los judíos fueron expulsados de Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Algunos pueden preguntar: si el favor de Dios fue el resultado de los acontecimientos que finalmente los trajeron de vuelta a su tierra, ¿por qué los judíos experimentaron uno de los períodos más graves de persecución en su larga historia? Leemos: “Vivo yo, dice el Señor DIOS, ciertamente con una mano poderosa, con un brazo extendido y con furia derramada, yo los gobernaré. Y yo los sacaré del pueblo y los recogeré de las tierras donde están esparcidos, con una mano poderosa, con un brazo extendido y con furia derramada. Y los llevaré al desierto del pueblo, y allí les suplicaré cara a cara. Así como yo les rogué a sus padres en el desierto de la tierra de Egipto, así les rogaré a ustedes, dice el Señor, DIOS. Y los haré pasar bajo el cayado y los someteré al vínculo de la alianza”. -Eze. 20:33-37

Según esta profecía, los israelitas debían ser sacados de los países donde habían estado residiendo por lo que se describe como la “furia” del Señor. Además, la profecía de Ezequiel declara que, al hacer esto, estaría gobernando sobre su pueblo. Estos debían ser signos de que el favor divino estaba volviendo gradualmente a ellos. La ilustración usada en esta profecía nos brinda la comprensión adecuada. Dice “te traeré al desierto del pueblo” y de nuevo “como supliqué a sus padres en el desierto de la tierra de Egipto, así les suplicaré a ustedes”.

El favor de Dios estaba sobre su pueblo cuando, en la persona de Moisés, los visitó y los libró de su esclavitud. Aun así, fue un tiempo difícil para los israelitas en tiempos antiguos. Era necesario que sufrieran algunas de las plagas que afectaron a los egipcios para alentarlos a seguir a Moisés fuera de la esclavitud. Al salir de

Egipto, no se mudaron directamente de Egipto a Canaán, la tierra de la promesa, sino que se encontraron poco después en el desierto, donde sus circunstancias eran más difíciles.

La profecía predijo una experiencia similar al salir de entre las naciones dondequiera que hubieran estado dispersos. Su desarraigo de las naciones gentiles no resultaría de inmediato en un arreglo pacífico y seguro en su tierra. En lugar de ello, iba a haber una larga experiencia salvaje, una época de incertidumbre e inseguridad como la que hemos presenciado, en particular en los acontecimientos de los últimos cien años.

Después de muchos problemas graves, mediante una decisión emitida por las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947, la tierra de Palestina fue asignada, en parte a los árabes y en parte a los judíos. Más tarde, el 14 de mayo de 1948, el gobierno provisional judío proclamó un nuevo Estado de Israel. Tal vez es esta situación a la que se refiere el Profeta Joel en referencia al tiempo en que el Señor devolvería a su pueblo a su tierra. La profecía dice: “En aquellos días y en aquel tiempo, cuando haga volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré también a todas las naciones y las haré descender al valle de Josafat, y les suplicaré allí por mi pueblo y por Israel, a quien han esparcido entre las naciones y separado de mi tierra”. -Joel 3:1,2

EL VÍNCULO DE LA ALIANZA

De esta y otras profecías relativas, así como del paso de 75 años desde su renacimiento como nación, es evidente que el propósito completo de Dios en la devolución de Israel a la tierra de la promesa aún no se ha cumplido. Considerando aún más la profecía de Ezequiel, se observa que la intención de Dios al desarraigar a los isra-

elitas de entre las naciones en las que vivían ha sido que, en última instancia, se los llevara “al vínculo de la alianza”.

Esto es similar a la secuencia de eventos experimentados por el antiguo Israel cuando fue liberado de la esclavitud en Egipto. En ese momento, fueron traídos primero al desierto y, luego, al vínculo de la Ley de la Alianza, mediado por Moisés en el Monte Sinaí. (Éx. 24:3-8) La incorporación de los israelitas al vínculo de la “Nueva Alianza” prometida es el designio último del Señor en las experiencias por las que los ha estado guiando en la actualidad. -Jer. 31:31-34

En cumplimiento de este propósito, las amargas experiencias de Israel durante el siglo pasado han servido simplemente para señalar un comienzo, un elemento clave del cual hemos visto que es la concesión a Israel del derecho a regresar a la tierra de sus antepasados y a establecer un hogar nacional. Por lo tanto, es evidente que los tratos de Dios con su antiguo pueblo se están llevando a cabo de acuerdo con su propio propósito y en su debido tiempo.

POR LA GLORIA DE DIOS

Comenzando con Ezequiel 36:16 y continuando a través de los capítulos 37, 38 y 39, se presentan varios aspectos de los tratos de Dios con Israel en el momento de su restauración. En estos capítulos, la Palabra de Dios declara su propósito de restaurarlos a la tierra de la promesa. Leemos: “Así ha dicho el Señor, DIOS: No hago esto por ustedes, casa de Israel, sino por mi santo nombre, que profanaron entre las naciones adonde fueron”. (Eze. 36:22) En el versículo anterior, el Señor nos dice: “Tuve piedad de mi santo nombre”.

En esto, se nos recuerda una faceta interesante de los tratos de Dios con su pueblo. El pensamiento se intro-

duce por primera vez en una oración de Moisés, en la que revela su preocupación por la gloria del nombre de Dios. El Señor le había dicho que, a causa de las transgresiones de los israelitas, propuso destruirlos a todos y construir una nueva nación con Moisés. -Éx. 32:9,10

En oración, Moisés respondió a esto: “Señor, ¿por qué vas a descargar tu ira contra tu pueblo, el mismo en favor del que hiciste uso de tu gran fuerza y poder para sacarlo de Egipto? ¿Acaso vas a permitir que los egipcios digan: “Con malos fines los sacó Dios; lo hizo para matarlos en las montañas y borrarlos de la faz de la tierra”? No te dejes llevar por la ira y renuncia al castigo que pensabas para tu pueblo. Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac e Israel, a quienes hiciste solemne promesa al decir: “Multiplicaré su descendencia como las estrellas del cielo y daré a sus descendientes como herencia perpetua la tierra de la que les he hablado”. -Éx. 32:11-13

En respuesta a la oración de Moisés, Dios decidió no destruir a Israel. En otro relato de este episodio, nos enteramos de que Moisés pidió al Señor que perdonara a su pueblo Israel, y él respondió: “Los perdono conforme a tu petición: Sin embargo, juro por mi vida, que toda la tierra se llenará con la gloria del Señor. Ciertamente todos los que han visto mi gloria y las señales que hice en Egipto y en el desierto, y que me han puesto a prueba estas diez veces y no han oído mi voz, no verán la tierra que juré a sus padres, ni la verá ninguno de los que me desdeñaron”. -Núm.14:20-23

En cuanto al tiempo en que Dios, por su gran poder, libró a Israel de la esclavitud egipcia, leemos: “Así te labraste una fama que hoy todavía perdura”. (Neh. 9:10) Moisés enfatizó el punto en cuestión en relación con la gloria del nombre de Dios al referirse a la promesa en forma de jura que se había hecho a Abraham con respecto

a la tierra de Canaán como una posesión eterna para este pueblo. Moisés se preocupó de cómo esta promesa podría cumplirse si Dios destruyera a los israelitas y, luego, estableciera una nueva nación.

Moisés sintió que si Dios permitiera así que este pueblo muriera en el desierto, eso probaría su falta de voluntad para cumplir con sus promesas o su incapacidad para hacerlo. Sin embargo, para aquel a quien le quedan mil años, “pero como ayer, cuando ya pasó, y como reloj en la noche”, la capacidad de perdonar y salvar a su pueblo en el desierto era solo una consideración temporal. (Sl. 90:4) Si Dios mantuviera la gloria de su nombre y la integridad de sus promesas, manteniendo vivo a este pueblo y finalmente dándole la tierra de la promesa como una posesión eterna, tendría que realizarse a través de largos siglos y en plena armonía con todos sus propósitos divinos.

El pueblo judío siempre ha sido una minoría perseguida. Casi cualquier otro pueblo en circunstancias similares habría renunciado a la determinación de continuar su identidad como pueblo y habría sido asimilado por las nacionalidades y las razas más grandes y favorecidas. La protección de Dios los ha mantenido intactos como pueblo al devolverlos a su tierra cuando llegó su momento debido y, por lo tanto, ha continuado magnificando la gloria de su nombre en ellos.

LA RESURRECCIÓN

La gloria del nombre de Dios en relación con la restauración de los judíos a la tierra de la promesa implica mucho más que el regreso de un cierto porcentaje de las generaciones recientes a la región de Palestina. Sin embargo, esta es una pieza importante en el cumplimiento de sus promesas. Aquellos judíos que viven en la tierra de

Israel estarán entre los primeros en comenzar a recibir las bendiciones del reino prometido por Dios. (Mat. 6:10) Esto será en el momento en que toda la tierra esté bajo el gobierno justo de Cristo. (Heb. 1:1-3; 12:2) Además, la obra de restauración continuará incluso en nombre de todos los que han muerto en las generaciones pasadas.

No podremos apreciar el significado pleno de las promesas de Dios si pasamos por alto la característica de resurrección de su plan de los siglos. Como hemos visto, los israelitas fueron desarraigados de muchos países en Europa y de otros lugares en los que moraban, así como él sacó al antiguo pueblo de Israel de la esclavitud egipcia. Hasta ahora, como entonces, su pueblo ha entrado meramente en una condición “salvaje”. Sin embargo, el gran objetivo de Dios es llevarlos al vínculo de la Nueva Alianza, en cumplimiento de las palabras del Profeta Ezequiel.

Esto será cierto para aquellos que han muerto, así como para aquellos que están viviendo en el momento en que el reino mesiánico comienza. La resurrección de los israelitas se describe como traerlos de vuelta del cautiverio, no solamente de la esclavitud a otras naciones, sino del cautiverio de la muerte. En este sentido, el Señor promete además: “Yo estableceré mi alianza con ustedes, y ustedes sabrán que yo soy el Señor”. -Eze. 16:62

De los israelitas restaurados en esos tiempos, Dios dijo: “Entonces se acordarán de sus malos caminos y de sus obras que no eran buenas, y se aborrecerán a ustedes mismos por sus iniquidades y por sus abominaciones”. (Eze. 36:31) Esto será cierto, no solo para la generación que entonces vivía, sino también para aquellos que son resucitados de entre los muertos después.

Volviendo de nuevo al capítulo 16 de Ezequiel, leemos: “Volveré a su cautiverio, el cautiverio de Sodoma

y sus hijas, y el cautiverio de Samaria y sus hijas, y el cautiverio de sus cautivos en medio de ellos; para que lleven su propia vergüenza, y se avergüencen por todo lo que han hecho, en que son consuelo para ellos”. Vv. 53,54, Versión Estándar de los Estados Unidos

TODOS HAN PECADO

Los israelitas como pueblo, o nación, tal vez no han sido ni más ni menos justos que cualquier otra raza o nación. Como miembros de la raza caída, “todos han pecado y se han quedado cortos de la gloria de Dios”. (Rom. 3:23) En este y otros aspectos, Dios se ha complacido en usar a los judíos como símbolos de todo el mundo de la humanidad, entre los cuales solo unos pocos individuos —uno aquí y otro allá— han sido plenamente fieles al Señor.

La profecía de Ezequiel 16:53-63 revela que, cuando los israelitas sean sacados del cautiverio de la muerte, al principio se avergonzarán y confundirán. El profeta Daniel revela que esto ocurrirá después del gran tiempo de problemas con el que la presente Era Evangélica llega a su fin.

Por medio de Daniel, el Señor dijo: “En aquel tiempo su pueblo será librado, todo el que se encuentre escrito en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, algunos a la vida eterna, y otros a la vergüenza y al desprecio eterno. Y los sabios brillarán como el resplandor del firmamento; y los que guiaron a muchos a la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad”. -Dan. 12:1-3

El pueblo de Daniel, al que se le prometió la liberación de la muerte, es el pueblo de Dios, su creación humana. Todos están “escritos en el libro” en el sentido de que se les asegura un despertar, a su debido tiempo, del

sueño de la muerte. Muchos de ellos saldrán avergonzados como señala el profeta. Esto no será una vergüenza interminable, sin embargo, porque la palabra aquí traducida como “eterno” denota “apegado a la edad”. (Rotherham Emphasized Bible) Cuando la vergüenza de los israelitas haya cumplido su propósito de humillarlos, pasará, como también será cierto de todas las naciones y los pueblos.

La promesa de Dios a Abraham con respecto a la tierra fue incondicional. (Gén. 12:7; 13:15) Más tarde, sin embargo, puso una condición sobre el alto honor de ser su representante en la enseñanza y la bendición del mundo. Esta condición era la obediencia al pacto de normas y leyes que les había dado. “Por tanto, si a partir de ahora me obedecen y guardan mi alianza, ustedes serán mi pueblo predilecto entre todos los pueblos, pues toda la tierra me pertenece; Y serán para mí un reino de sacerdotes, una nación consagrada. Esto es lo que debes decir a los israelitas”. (Éx. 19:5,6) En el enunciado original de estas condiciones, no se menciona que más tarde se desarrollaría una semilla espiritual de Abraham, también basada en las condiciones de fe y obediencia, como es explicado en el Nuevo Testamento por el Apóstol Pablo. -Gal. 3:27-29

Durante las eras del pasado, antes del tiempo del Primer Adviento de Jesús, muchos fueron fieles a la Ley de Dios y, por lo tanto, calificaron para ser sus siervos especiales conforme a los términos establecidos en Éxodo 19:5,6. Muchos de los que precedieron la Ley dada a Israel fueron igualmente fieles a Dios. Todos estos demostraron así ser dignos de esa “mejor resurrección” esbozada por el Apóstol Pablo en Hebreos 11:35.

UNA CLASE ESPIRITUAL

Comenzando con Jesús y, posteriormente, desde el Día de Pentecostés, una clase espiritual comenzó a desarrollarse según los términos de fe y obediencia. El primero de esta clase fue seleccionado exclusivamente de la semilla natural de Abraham. Sin embargo, debido a la desobediencia de Israel, la invitación se extendió a los gentiles para que formaran el número predestinado de la semilla espiritual. A lo largo de la presente Era Evangélica, aquellos del pueblo del Señor que han cumplido fielmente las condiciones adecuadas de consagración y siguen siendo sumisos a la voluntad de Dios, participarán así en la futura obra de bendición tanto para Israel como para toda la humanidad.

Dios, a través del Profeta Isaías, habla simbólicamente de dos clases que ayudarán a la humanidad caída en los caminos de la rectitud bajo la administración del reino de Cristo. Dice: “Durante los últimos días, sucederá que el monte de la casa del Señor se establecerá en la cima de los montes y será exaltado sobre las colinas; y todas las naciones fluirán hacia él. Y muchos pueblos irán y dirán: vengan y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacobo; y él nos enseñará su camino y andaremos por su senda; porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén”. -Isa. 2:2,3

DOS FASES DEL REINO

En la parte final de esta maravillosa profecía, notamos que Isaías menciona específicamente dos grupos separados, uno espiritual y el otro terrenal, que llevarán a cabo la voluntad de Dios durante el reino de Cristo, “porque de Sión saldrá la ley y la palabra del Señor de Jerusalén”. Sión representa a la clase espiritual glorificada, con Cristo como su Cabeza, quien funcionará como

el Mediador de la Nueva Alianza, en la administración de la justicia sobre los asuntos de la humanidad. Juan, el Revelador, también habla de esta clase fiel: “Miré, y he aquí, el Cordero estaba de pie en el monte de Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil, con su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes”. -Ap. 14:1, Nueva Biblia Estándar de los Estados Unidos

Los representantes terrenales del reino de Cristo participarán en la dispensación, como afirma Isaías, “de la palabra del Señor de Jerusalén”. Estos dignatarios de antaño vivieron antes del tiempo del ministerio terrenal de nuestro Señor, y el apóstol Pablo explica: “Todos estos, habiendo obtenido un buen informe por medio de la fe, no recibieron la promesa [celestial]: Dios nos ha proporcionado algo mejor, para que ellos sin nosotros no sean perfeccionados”. -Mat. 11:11; Heb. 11:39,40

Según estos dos grupos fieles, la clase espiritual y la clase terrenal, el resto de la humanidad aprenderá a conocer, amar y servir al Señor. ¡Qué gloriosa perspectiva para la pobre y quejosa creación del tiempo presente! Alégrense de los tratos pasados y presentes de Dios con su pueblo, Israel, y comprendan que sus experiencias son meramente un anticipo del plan final de Dios para restaurar y bendecir a toda la humanidad, tanto judía como gentil. “El Espíritu y la esposa claman: Ven. Y el que escucha diga: Ven. Que venga también el sediento y, si lo desea, se le dará gratis agua de vida”. -Ap. 22:17 ■